

llegado al pórtico de la Asunción, entraron en la iglesia, cuando la campana del reloj daba las doce.

En el tercer pilar, á la izquierda, estaba Mr. Sarranti, en tanto que arrodillado á sus pies Domingo le besaba la mano sin ser visto de nadie.

Nos engañamos; había sido visto por Gibassier y por Carmañola.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CÓMO SE HACE UN MOTÍN.

Una ojeada había bastado á aquellos dos hombres, y en el mismo instante, girando sobre sus talones, se habían dirigido hacia el lado opuesto; esto es, hacia el coro.

Pero cuando volvieron sobre sus pasos, hallaron que Domingo estaba siempre arrodillado, pero que Mr. Sarranti había desaparecido.

Faltó, pues, poco, como se puede conocer, para que la infalibilidad de Mr. Jackal no fuese puesta en duda por Gibassier. Pero su admiración hacia el jefe de policía fué grande, inmensa. La escena que había indicado, el cuadro que había descrito, había pasado como un relámpago; pero escena y cuadro habían existido.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! dijo Carmañola, continuó viendo á nuestro fraile, pero no veo á nuestro hombre.

Gibassier se alzó de puntillas, dirigió su ejercitada mirada al fondo de la iglesia y sonrió.

— Ya lo veo, dijo.

— ¿Dónde?

— Á la derecha, en diagonal.

— No acierto.

— Mirad.

— Ya miro.

— ¿Qué veis?

— Un académico que toma rapé.

— Es para despertarse : cree que está en una de las sesiones de su corporación. Y detrás del académico, ¿qué veis?

— Un pillete robando un reloj.

— Es para decir la hora á su anciano padre, Carmañola. ¿Y detrás de ese?

— Un joven que desliza un billete en el devocionario de una señorita.

— Estad seguro, Carmañola, que ese billete no es una esquela de entierro. ¿Y detrás de esa pareja?

— Un hombre tan triste como si lo fueran á enterrar. He visto á ese hombre en todos los entierros.

— Existe, tal vez, en el fondo de su corazón el melancólico pensamiento de que no asistirá al suyo. Pero ya os quemáis. Detrás de ese hombre triste, ¿qué veis?

— ¡ Ah ! ¡ nuestro hombre ! Es verdad. Está hablando con Mr. de Lafayette.

— ¿ De veras ? ¿ es Mr. de Lafayette ? dijo Gibassier con esa especie de respeto, que hasta los más miserables tenían al ilustre anciano.

— ¡ Cómo ! exclamó admirado Carmañola, ¿ no conocéis á Mr. de Lafayette ?

— He dejado á París la víspera del día en que debía serle presentado como un cacique peruviiano que venía á París á estudiar la Constitución francesa.

En este momento, en que los dos compañeros con las manos á la espalda y aire inofensivo se dirigian lentamente hacia el grupo formado por el general Lafayette, Mr. de Marande, el general Pajol, Dupont de l'Eure y algunos otros, cuya oposición los designaba á la pública popularidad, en este momento fué cuando Salvador los vió y los designó á sus jóvenes amigos.

Gibassier no habia perdido nada de lo que habia pasado en el grupo de aquellos jóvenes.

Parecia estar dotado de una cualidad particular respecto al tercer sentido. Veia á la vez á derecha y á izquierda, como los estrabistas ó bizcos, y adelante y atrás, como los camaleones.

— Creo, mi querido Carmañola, dijo Gibassier señalando á su compañero con una guiñada el grupo de los cinco jóvenes; creo que estos señores nos conocen ; será pues bueno el que nos separemos, por algunos momentos se entiende. No por esto dejaremos de espiar á nuestro hombre ; y hay además un sitio donde de fijo le volveremos á encontrar.

— Tenéis razón, dijo Carmañola ; nunca están de más las precauciones. Los conspiradores son más malignos que lo que generalmente se cree.

— Vuestra opinión es demasiado atrevida, pero no importa ; no hay mal ninguno en creer lo que decís.

— Ya sabéis que no tenemos que prender más que á uno.

— Sin duda. ¿ Qué haremos del fraile ? todo el clero se nos vendria encima.

— ¿ Y prenderlo bajo su nombre de Dubreil, por el escándalo causado en la iglesia ?

— Y no por otra cosa.

— Bien, dijo Carmañola, dirigiéndose á la derecha, en tanto que su camarada echaba hacia la izquierda.

Después, describiendo ambos una curva, vinieron á colocarse, Carmañola á la derecha del padre, Gibassier á la izquierda del hijo.

La misa empezaba en este momento.

Fué dicha con unción y escuchada con recogimiento.

Concluida la misa, los jóvenes de la escuela de Chalons, que habian llevado el féretro á la iglesia, se acercaron para volverle á coger y llevarlo al cementerio.

Pero en el momento en que se inclinaban para reunir de mancomún sus esfuerzos y levantar el peso con unánime movimiento, un hombre de elevada estatura, vestido de negro, pero sin insignias, pareció salir de la tierra, y con el tono de un hombre que tiene derecho para mandar:

— ¡ No toquéis á ese féretro, señores ! exclamó.

— ¿ Por qué ? preguntaron los jóvenes estupefactos.

— No tengo que daros cuenta de ello, respondió el hombre de traje negro ; pero no toquéis al ataúd.

Después, dirigiéndose al comisario de los muertos :

— Vuestros sepultureros, le preguntó, ¿ dónde están ?

El comisario de los muertos se adelantó.

— Pero, dijo, creía que estos señores debían llevar el cuerpo.

— No conozco á esos señores, interrumpió violentamente el hombre negro. Os pregunto dónde están los sepultureros ; hacedlos venir en seguida.

Fácilmente se comprenderá el rumor que produjo en la iglesia este extraño incidente.

Un ruido inmenso, semejante al que producen la olas momentos antes de la tempestad, se elevó por todos lados.

Un rugido formidable se escapaba del pecho de la muchedumbre.

El desconocido se sentía apoyado sin duda por una fuerza irresistible, porque acogió este rumor con desdeñosa sonrisa.

— ¡ Los sepultureros ! repitió.

— No, no, nada de sepultureros, gritaron los discípulos.

— Nada de sepultureros, gritó la muchedumbre.

— ¿ Con qué derecho, añadieron los discípulos, queréis impedirnos el que llevemos el cadáver de nuestro bienhechor, cuando la familia nos ha autorizado para ello ?

— Es falso, dijo el desconocido : la familia, por el contrario, se opone formalmente al transporte del cuerpo, de otra manera que la ordinaria.

— ¿ Es verdad esto, señores ? preguntaron los jóvenes volviéndose hacia los condes Gaetano y Alejandro de Larochefoucauld, hijos del difunto, que se adelantaban para ocupar un puesto detrás del cadáver de su padre : ¿ es verdad, señores, que nos prohibís el llevar los restos de nuestro bienhechor y vuestro padre, que fué también el nuestro ?

Todo esto pasaba en medio de un tumulto imposible de describir. Pero cuando se oyó esta pregunta, cuando se vió que el conde Gaetano se disponía á contestar :

— ¡ Silencio ! ¡ silencio ! ¡ silencio ! gritaron de todos lados.

Y un profundo silencio sucedió como por magia al tumulto, y se oyó la voz grave, dulce y conmovida á la vez del conde Gaetano, que respondía :

— La familia, lejos de oponerse á ello, señores, os ha autorizado y os autoriza de nuevo para que lo hagáis.

Á estas palabras sucedió un hurra de alegría, que resonó desde el piso á la cúpula de la iglesia.

Sin embargo, el comisario de los muertos habia hecho venir los sepultureros, y aun habia ya cogido las manillas del féretro; pero al oír las palabras del conde le entregaron á los jóvenes, que colocándole sobre sus hombros, salieron grave y religiosamente de la iglesia.

Atravesaron tranquilamente el atrio y se dirigieron á la calle de San Honorato.

El individuo, autor del escándalo, habia desaparecido como por ensalmo. Por más que se preguntaba en todos los grupos, nadie le habia visto, ni salir ni pasar.

Ya en la calle de San Honorato el cortejo, se volvió á arreglar de nuevo. Una vez en su puesto los dos hijos del duque de Larochevoucauld, colocáronse detrás de ellos gran número de pares de Francia, diputados, personajes distinguidos por su mérito personal ó eminentes por su posición, y los amigos y allegados del difunto.

El duque de Larochevoucauld era teniente general, y se habia nombrado una escolta de honor que acompañara el cadáver.

Todo parecía, pues, ya tranquilo, cuando en el más inesperado momento, el mismo individuo que habia causado el escándalo de la iglesia, volvió á aparecer de nuevo, como si saliese otra vez de debajo de tierra.

La turba, al reconocerlo, lanzó un grito de indignación.

Pero él, adelantándose hacia el oficial que mandaba la escolta, le dijo al oído algunas palabras, que nadie entendió.

Después, en voz alta, le mandó que ayudase á los agentes para que impidiesen á los jóvenes llevar el féretro y

les obligase á dejarlo en el carruaje destinado á llevarlo fuera de París.

Al oír renovar segunda vez esta pretensión, pero ahora con apoyo de la fuerza armada, gritos amenazadores salieron de varios lados.

En medio de los gritos, oíanse claramente estas palabras:

— No consintáis en ello, no. ¡ Viva la guardia! ¡ Abajo los espías! ¡ Abajo el comisario de policía! ¡ Á llevarlo al farol!

Y como acompañamiento natural de esos gritos, se produjo, desde la cabeza á la cola del acompañamiento, un movimiento semejante al de la subida de la marea.

La última ola llegó tan cerca del comisario, que le obligó á retroceder.

Volvióse al sitio de donde salían los gritos, y dirigiendo á la gente una mirada amenazadora:

— Caballero, dijo al oficial, por segunda vez os pido que me ayudéis.

El oficial dirigió una mirada á su gente y la vió firme y serena. Había seguridad de que obedecería cualquiera orden que se le diese.

Se oyeron nuevos gritos.

— ¡ Viva la guardia! ¡ Abajo los espías!

— Caballero, le dijo con violencia el hombre negro al oficial, por tercera y última vez os intimo que me deis ayuda. Tengo órdenes formales, y desdichado de vos si me impedís ejecutarlas.

El oficial, vencido por el acento imperioso del comisario, y por la forma amenazadora de la intimación, dió una orden á media voz, y se vió casi en el acto brillar las bayonetas en el cañón de los fusiles.

Esta orden pareció arrastrar la muchedumbre al paroxismo de la cólera.

Gritos siniestros, gritos de venganza y de muerte resonaron por todos lados.

— ¡ Abajo la guardia ! ; muerte al comisario ! ; Abajo el ministerio ! ; Al farol los jesuitas ! ; Viva la libertad de la imprenta !

Los soldados avanzaron para apoderarse del féretro.

CAPÍTULO II.

UN MOTÍN EN 1827.

Ahora, si el lector quiere pasar del conjunto á los detalles, y de la turba á algunos de los individuos que la componen, dirigirá, guiado por nosotros, una mirada sobre la actitud de ciertos personajes de nuestro libro, en el momento en que el féretro, llevado por los estudiantes de Châlons, bajaba la escalinata de la iglesia de la Asunción y se dirigía hacia la calle de San Honorato.

Mr. Sarranti y su hijo, seguidos el uno de Gibassier y el otro de Carmañola, se habían, al salir de la iglesia, acercado sin afectación y como si nunca se hubieran visto, é ido á colocarse en la esquina de la calle de Mondovi, es decir, cerca de la plaza de l'Orangerie, frente al jardín de las Tullerías.

Mr. de Marande y sus amigos se habían agrupado en la calle de Mont-Thabor, esperando que el cortejo se pusiera en marcha.

Salvador y nuestros cuatro amigos se habían detenido en la calle de San Honorato, en la esquina de la calle nueva del Luxemburgo.

Con las evoluciones hechas por la turba, las filas se habían estrechado, y los jóvenes se encontraban á unos veinte pasos de la verja que formaba el recinto de la iglesia de la Asunción.

Volviéronse al oír los gritos con que el pueblo acogía, en medio de la pompa fúnebre, la intervención de la fuerza armada.

Pero entre todos los que manifestaban su indignación, los más indignados eran aquellos hombres de figura indigna y de mirada torva, que parecían sembrados en la muchedumbre con hábil profusión.

Juan Robert y Petrus se volvieron con disgusto. Su mayor deseo hubiera sido en aquel momento el librarse de aquella prensa viviente, sobre la que sentían gravitar alguna cosa siniestra y amenazadora.

Pero se hallaban cercados : no había medio de escapar, y todos sus esfuerzos debían dirigirse, teniendo en cuenta, antes que todo, la propia conservación, á procurar el no ser ahogados.

Salvador, ese hombre extraño, que parecía hallarse tan familiarizado con los misterios de la aristocracia, como con los arcanos de la policía ; Salvador conocía la mayor parte de aquellos hombres, no sólo de vista, sino hasta por sus nombres.

Y estos nombres eran para la curiosidad de Juan Robert, poeta de elevados instintos, las señales puestas en un camino desconocido que conducía á los infernales círculos, visitados por el Dante.

Estos hombres eran Paja-Larga, Maldaplomo, Maillo-

chón, toda esa escuadra que nuestros lectores han visto sitiár la casita de la calle de Postas, y en la que uno de ellos había dado un salto peligroso y de bastante mal éxito.

Hallábanse repartidos en diferentes grupos, y respondiendo con la vista y el gesto á Salvador, que por estos dos medios mimicos, le recomendaba la mayor prudencia, estaban Croc-en-Jambe y su compadre La Gibelotte, que parecían hallarse perfectamente colocados, continuándose revelando la presencia de este último por el fuerte olor de valeriana, que tan desagradablemente afectaba al olfato de Ludovico en la taberna del rincón de la calle de Aubry-le-Boucher, donde ha comenzado la larga historia que estamos en camino de relatar á nuestros lectores.

Estaban allí también Fafiou y el divino Copérnico, reunidos por el interés que tenía este último en no regañar con Fafiou, más bien que por el que Fafiou pudiera tener de regañar con su amo Copérnico.

Copérnico había perdonado á Fafiou aquel ademán inconsiderado, que el bribón había achacado á un movimiento nervioso, que no había podido dominar.

Solamente Copérnico había hecho jurar á Fafiou, que no le volvería á dar el ataque, juramento que Fafiou no había prestado sin hacer aquella restricción mental, con ayuda de la que, los jesuitas pretenden que se puede jurar todo, sin que por esto haya obligación de cumplir nada.

Á diez pasos de los dos artistas, y felizmente separados de ellos por una masa compacta, estaban Juan Taureau llevando del brazo, como un gendarme lleva un preso, como Gibassier llevó á su agente, á aquella muchachona rubia, aquella Venus de las plazuelas, de cuerpo ondulado como el de una serpiente y á quien llamaban *Fifina*.

Y decimos felizmente, porque Juan Taureau había escar-

mentado á Fafiou, como Ludovico lo había hecho de La Gibelotte, aunque no acusemos al pobre muchacho de exhalar el mismo olor, y ya se sabe qué odio profundo, qué inveterada execración profesaba el robusto carpintero á su débil rival.

No lejos de ellos estaban los dos compañeros que habían presentado batalla á nuestros jóvenes amigos en la taberna.

Sac-á-Platre, ese albañil que en un incendio había arrojado desde un segundo piso su hijo y su mujer á ese Hércules Farnesio, llamado Juan Taureau, y que habiendo concluido por arrojarle él mismo, blanco como el polvo que tenía costumbre de amasar, y que le había valido el apodo de Sac-á-Platre.

Apoyábase en el brazo de un gigante, tan negro como él era blanco.

Este gigante, que parecía ser el Titán, esposo de la Noche, era aquel carbonero desmesurado, á quien Juan Taureau, en un día de entusiasmo y pedantismo, había llamado Toussaint Louverture.

Estaban, además, todos aquellos personajes vestidos de luto que hemos visto en el patio de la prefectura, esperando las órdenes de Mr. Jackal y la señal de marchar.

En el momento en que los soldados se acercaron al féretro, bayoneta calada, unas veinte personas, arrastradas por ese primer movimiento de generosidad, se colocaron entre ellos y los discípulos de la Escuela de Chalons, que llevaban el cuerpo.

Interpelado el oficial sobre si se atrevería á hacer uso de la fuerza contra jóvenes, cuyo solo crimen era el de honrar á su bienhechor, respondió que la orden que acababa de recibir del comisario de policía era formal, y que no estaba de humor de ser destituido.

Solamente, y por última vez, conjuró á los que querían impedirle el cumplir con su deber, para que se retirasen, y dirigiéndose á los que llevaban el ataúd, que estaban defendidos por aquella muralla viva, les mandó que lo dejasen en el suelo.

— ¡ No lo hagáis ! ; no obedezcáis ! les gritaron de todos lados. ; Aquí estamos para sosteneros !

Y los jóvenes, en efecto, por su firme acento y resuelta actitud, parecían decididos á arriesgarlo todo antes que obedecer.

El oficial mandó á su gente que continuase el movimiento empezado.

Las bayonetas, perpendiculares por un momento, volvieron á recobrar su posición diagonal y amenazadora.

— ¡ Muera el comisario ! ; muera el oficial ! aulló la turba.

El hombre negro levantó el brazo : oyóse el silbido de un rompe-cabezas, y un hombre herido en la sien cayó bañado en su sangre.

En esta época no habíamos pasado todavía por asonadas ó motines como los del 5 de Junio y 15 de Mayo, y un hombre herido era aún alguna cosa.

— ¡ Al asesino ! gritaron, ; al asesino !

Como si no hubieran esperado más que este grito, doscientos ó trescientos agentes sacaron de debajo de sus gabanes sus rompe-cabezas, semejantes en un todo á aquel cuyos efectos se acababan de notar.

La guerra estaba declarada.

Los que tenían bastones, los enarbolaron : los que llevaban cuchillos los sacaron de sus bolsillos.

El motín, bien preparado, reventaba por fin.

Juan Taureau, el hombre de temperamento sanguíneo,

es decir, el hombre de arranque rápido y repentino, Juan Taureau olvidó las mudas recomendaciones de Salvador.

— ¡ Ah ! ; ah ! dijo soltando el brazo de Fifina y restregándose las manos. Creo que nos ha caído que hacer.

Y como para probar sus fuerzas, cogió por los riñones al primer agente que halló á mano, y se disponía á lanzarle sabe Dios dónde.

— ¡ Á mí ! ; socorro ! ; socorro ! gritó el agente con voz que se iba apagando á medida que aumentaba la presión de las manos de Juan Taureau.

Brin-d'Acier oyó estos gritos de angustia, y deslizándose por entre la muchedumbre como una culebra, se acercó por detrás, y levantaba ya sobre Juan Taureau su bastón corto y de puño plumizo, cuando Sac-á-Platre se precipitó entre el espía y el carpintero, y le cogió el bastón, en tanto que el trapero, llegado cerca del grupo, y queriendo sin duda justificar su nombre, echó la zancadilla á Brin-d'Acier, y lo tiró al suelo.

Desde este momento se convirtió aquello en un desorden espantoso, y se empezaron á oír los agudos gritos de las mujeres que se hallaban mezcladas con la muchedumbre.

El agente, cogido por el cuerpo por Juan Taureau, como Antheo por Hércules, había dejado caer su rompe-cabezas, que había rodado hasta los pies de Fifina. Ésta lo había recogido, y con la manga recogida hasta el codo, los cabellos sueltos al viento, repartía golpes á diestro y siniestro sobre todos los que trataban de acercarse á ella.

Dos ó tres golpes virilmente asestados por la Bradamente, llamaron sobre ella la atención de algunos polizontes, é iba á ser infaliblemente acorralada, cuando Copérnico y Fañou se abrieron paso hasta ella.

La vista de Fafiou, acercándose á Fifina, hizo que Juan Taureau adoptase una violenta resolución. Lanzó al agente al través del gentío, y volviéndose hacia el perjuro :

— Va uno, dijo.

Balanceando el brazo, cogió á Fafiou por el cuello.

Pero apenas su mano había tocado la ropa de Fafiou, cuando sintió un golpe que le obligaba á abandonar su presa.

Reconoció la mano que lo había dirigido.

— ¡ Fifina ! exclamó colérico : ¿ tú quieres que te convierta en ceniza ?

— Y tú, cobarde, ¿ te atreverás á levantarme la mano ?

— Á tí no, pero á él sí.

— Mirad el ganapán, dijo á Sac-á-Platre y á Croc-en-Jambe, ¿ pues no quiere estrangular al que me acaba de salvar la vida ?

Juan Taureau lanzó un suspiro, que parecía un rugido, y dijo á Fafiou :

— Vete, y si tienes en algo tu vida, no vuelvas á parecer en mi presencia.

En tanto que pasaba esto, á la derecha, en el grupo de Juan Taureau y sus habituales compañeros de taberna, veamos lo que sucedía á la izquierda en el grupo de Salvador y de nuestros cuatro jóvenes.

Salvador les había recomendado, como ya lo hemos visto, la más estricta neutralidad, y sin embargo, Justino, el más tranquilo de todos en la apariencia, acababa de faltar á aquella recomendación.

Digamos cómo estaban colocados.

Justino estaba á la izquierda de Salvador : los otros estaban detrás de ellos.

De pronto, Justino oyó á tres pasos de él un grito doloroso, y después una voz de niño gritaba :

— ¡ Á mí, señor Justino, socorro !

Así interpelado, Justino se volvió, y vió á Babolín, á quien un agente golpeaba después de haberle tirado al suelo.

Por un movimiento tan rápido como el pensamiento, rechazó violentamente al agente y se bajó para ayudar á levantarse á Babolín.

Pero en el momento en que se inclinaba, Salvador vió el rompe-cabezas de un agente levantarse sobre él.

Lanzóse á su vez con el brazo extendido hacia adelante para defender á Justino.

Pero con gran admiración suya, el rompe-cabezas permaneció levantado sin bajarse, en tanto que una voz afectuosa le decía :

— ¡ Eh ! buenos días, mi querido Salvador ; me alegro mucho de encontraros.

Esta voz era la de Mr. Jackal.

CAPÍTULO III.

LA PRISIÓN.

Mr. Jackal había reconocido en Justino al amigo de Salvador y al amante de Mina, y viendo el peligro que le amenazaba, se había lanzado al mismo tiempo que Salvador para libertarle.

Hé aquí cómo y por qué se habían encontrado sus dos manos.

Pero no debía parar aquí la protección de Mr. Jackal.

Con un gesto ordenó á sus gentes que respetasen el grupo de los jóvenes, y llevando á Salvador aparte :

— Mi querido Salvador, le dijo levantando sus anteojos, para no perder, mientras hablaba, nada de lo que pasaba entre la turba ; mi querido Salvador, un consejo.

— Hablad, Mr. Jackal.

— Un consejo de amigo ; ya sabéis si soy vuestro amigo.

— Me envanezco de ello al menos, Mr. Jackal.

— Pues bien, aconsejad á Mr. Justino y á sus compañeros que se retiren... y haced lo mismo vos.

— ¡ Oh ! exclamó Salvador ; ¿ y por qué, Mr. Jackal ?

— Porque podría ocurrir algún lance desagradable.

— ¡ Bah !

— Sí, dijo con la cabeza Mr. Jackal.

— ¿ Vamos á tener un motín ?

— Me lo temo. Todo lo que sucede tiene trazas de llevarnos allá, y así es como empiezan por lo general todos los motines.

— Sí, todos empiezan de la misma manera, dijo Salvador ; pero también es verdad que no todos concluyen del mismo modo.

— Este acabará bien, os respondo de ello, dijo Mr. Jackal.

— ¡ Oh ! pues si vos respondéis... dijo Salvador.

— Creo que no dudaréis...

— ¡ Diablo !

— Así que, comprenderéis como yo, que á pesar de la especial protección que me hallo dispuesto á conceder á vuestros amigos, podría sucederles alguna desgracia ; por lo que deben retirarse. Suplicádselo vos.

— Me guardaré muy bien de hacerlo.

— Y por qué ?

— Porque han decidido permanecer aqui hasta el fin.

— ¿ Con qué objeto ?

— Por curiosidad.

— ¡ Pesth !... esto no será muy curioso.

— Tanto más, cuanto que según habéis dicho, se puede estar cierto de una cosa, y es que la ley triunfará.

— Lo que no impedirá que vuestros amigos al quedarse...

— ¿ Y bien ?

— Arriesguen...

— ¿ El qué ?

— ¡ Diablo !

— Pero...

— Lo que se arriesga en un motín, algunas contusiones.

— ¡ Bah !... ¡ no los compadezcáis !

— ¿ Que no los compadezca ?

— No : llevarán su merecido.

— ¿ Cómo su merecido ?

— Sin duda ; ¿ no han querido ver un motín ? Pues que sufran las consecuencias de su curiosidad.

— ¿ Han querido ver un motín ? repitió Mr. Jackal.

— Sí, dijo Salvador.

— ¿ Sabian, pues, que iba á haber un motín ? ¿ Tenian vuestros amigos noticias de lo que iba á suceder ?

— ¡ Oh ! noticias completas, mi querido Mr. Jackal. Los marineros más experimentados no adivinan las tempestades con más perspicacia que mis amigos han olido el motín.

— ¿ De veras ?

— Sin duda. Confesad además, Mr. Jackal, que sería preciso tener muy mala voluntad, para no comprender lo que pasa.

— ¿Y qué pasa? preguntó Mr. Jackal volviendo á dejar caer los anteojos sobre sus narices.

— ¿Lo ignoráis?

— De veras.

— Pues bien, preguntádselo á aquel caballero que prenden allá abajo.

— ¿Dónde? preguntó Mr. Jackal sin levantar sus anteojos, lo que probaba que lo había visto tan bien como Salvador.

— ¿Qué caballero? volvió á preguntar.

— ¡Ah! olvidaba, dijo Salvador, que tenéis caídos los anteojos, y esto os impide ver. Sin embargo, mirad allá abajo, á dos pasos de un monje.

— ¡Ah! en efecto: sí, creo que veo alguna cosa, así como un hábito blanco.

— ¡Ah! ¡por el cielo! exclamó Salvador. Es fray Domingo, el amigo del pobre Colombán. Le creía en Bretaña, en el castillo de Penhoel.

— Y estaba allí efectivamente, pero ha llegado esta mañana, dijo Mr. Jackal.

— ¿Esta mañana? Os doy gracias por la noticia, dijo sonriendo Salvador. Pues bien, á su lado no veis...

— Á fe mía que sí; un hombre á quien prenden. Compadrezco con todo mi corazón á ese ciudadano.

— ¿No le conocéis?

— No.

— ¿Conocéis á los que le prenden?

— Tengo tan débil la vista... y luego, son muchos, me parece.

— ¿Particularmente los dos que le sujetan por el cuello?

— ¡Ah! sí, sí; conozco á esos dos mozos. ¿Pero dónde diablos los he visto? hé aquí lo que no recuerdo.

— ¿Conque no os acordáis?

— De veras que no.

— ¿Deseáis que yo os ponga en camino?

— Me haréis un verdadero favor.

— Pues bien, habéis visto al uno, al más pequeño, cuando marchaba al baño, esto es, á presidio, y habéis visto al otro, al mayor, en el momento en que volvía del mismo sitio.

— ¡Ah! ¡sí, sí!

— ¿Recordáis ya?

— Es decir, que los conozco como padre y madre. Son dos empleados de mi ramo. Pero, ¿qué diablos hacen allí?

— Creo que trabajan por vuestra cuenta, mi querido Mr. Jackal.

— ¡Pesth!... puede ser, replicó éste, que esos tunantes trabajen por la suya. No sería la primera vez que lo hicieran.

— En efecto; dijo Salvador. Ahora corta uno de ellos la cadena del reloj de su prisionero.

— ¿Cuando yo os lo decía! Mi querido Salvador, la policía está muy mal montada.

— ¿Á quién se lo decís, Mr. Jackal?

Y no queriendo acaso ser visto más tiempo en compañía de Mr. Jackal, Salvador se retiró un paso y le saludó.

— Celebro haber tenido el placer de encontraros, Mr. Salvador, dijo el jefe de la policía alejándose á su vez y dirigiéndose con rápido paso hacia el grupo en que Gi-

bassier y Carmañola trataban de prender á Mr. Sarranti.

Decimos trataban, porque aunque cogido del cuello por los dos agentes, Mr. Sarranti estaba muy lejos de considerarse ya como preso.

Habia de pronto parlamentado.

Á estas palabras :

— ¡ En nombre del rey, preso ! pronunciadas á la vez por Carmañola y Gibassier, habia respondido en alta voz :

— Me prendéis, ¿ y por qué ?

— Nada de escándalo, dijo entonces á media voz Gibassier : os conocemos.

— ¡ Me conocéis ! exclamó Mr. Sarranti, mirando alternativamente á los dos sabuesos.

— Sí, os llamáis Dubreil, dijo Carmañola.

Se recordará que Mr. Sarranti habia escrito á su hijo que estaba en Paris, bajo el nombre de Dubreil, y que Mr. Jackal, para no hacer de esta prisión un negocio político, habia recomendado á los dos agentes que prendiesen al obstinado conspirador por este nombre.

Al ver que prendían á su padre, Domingo, arrastrado por un movimiento involuntario, se lanzó hacia él.

Mr. Sarranti le mandó por señas que se estuviese quieto.

El monje, al oír esta muda recomendación, se inclinó con respeto y dió un paso atrás.

Mr. Sarranti añadió :

— No os mezcléis en este asunto, *caballero*. Soy víctima de un error, y estoy seguro que mañana seré puesto en libertad.

— Ciertamente, dijo Gibassier : si nos engañamos, se os hará justicia.

— ¿ Y en virtud de qué orden me prendéis ?

— En virtud de la que nos han dado de prender á un tal Mr. Dubreuil, que se os parece tanto, que temería faltar á mi deber si no la cumpliera prendiéndooos.

— ¿ Y por qué, si tanto teméis al escándalo, me prendéis en este sitio y no en otro ?

— Porque se prende á las gentes donde se las encuentra, dijo Carmañola.

— Sin contar, dijo Gibassier, que estamos corriendo detrás de vos desde esta mañana.

— ¿ Cómo desde esta mañana ?

— Sí, desde que habéis salido de la fonda

— ¿ Qué fonda ? preguntó Sarranti.

— La fonda de la plaza de San Andrés de los Arcos, dijo Gibassier.

Al oír estas palabras pasó como un relámpago por la imaginación de Mr. Sarranti. Le pareció ver en el rostro y en la voz de Gibassier facciones y sonidos que no le eran desconocidos.

Después se le vino á la memoria el viaje, el húngaro, el correo de gabinete, el postillón ; todo esto vago y confuso como á través de una nube, pero bastante preciso y exacto, para que instintivamente, más bien que de otro modo, no pudiese conservar duda alguna.

— ¡ Miserable ! gritó el corso, pálido como un muerto, y llevando la mano á su bolsillo.

Gibassier vió brillar la hoja de un puñal, y tal vez la muerte hubiera seguido á esta claridad con la misma rapidez que el rayo sigue al relámpago, si Carmañola, que habia visto y comprendido el movimiento, no hubiera sujetado con sus dos manos la en que tenia el arma Mr. Sarranti.

Sintiéndose cogido á la vez por los dos hombres, Mr.

Sarranti reunió toda la fuerza que la voluntad humana puede dar en un momento supremo, y consiguió desasirse de ellos, saltando, puñal en mano, en medio de un grupo compacto.

— ¡ Paso ! gritó, ¡ paso !

Pero Gibassier y Carmañola no solamente saltaban detrás de él, sino que por un grito convenido de antemano, habian llamado á sus compañeros.

En un momento se formó un círculo insalvable alrededor de Mr. Sarranti : veinte rompe-cabezas se alzaron sobre él, y sin duda iba á caer aplastado bajo el peso de tantos enemigos, cuando se oyó una voz que gritaba :

— ¡ Cogerle vivo ! ¡ cogerle vivo !...

Los agentes reconocieron la voz tan bien obedecida de Mr. Jackal, y sabiendo que combatian á la vista de su jefe, se estrecharon en derredor de Mr. Sarranti.

Hubo un momento de increíble confusión.

Un hombre luchaba con otros veinte.

Después cayó de rodillas.

Por último, desapareció.

Al ver caer á su padre, Domingo se lanzó segunda vez á su socorro.

Pero en este momento, la muchedumbre que huía, lanzando gritos de angustia, pasó como un torrente por la calle, y separó al padre del hijo.

Para no ser arrastrado, el monje se agarró á una reja de una casa.

Cuando la gente pasó, Mr. Sarranti y el inmundo grupo con que combatía, habian desaparecido.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE.

CONTINUACIÓN DEL LIBRO DUODÉCIMO.

	Págs.
CAPÍTULO VI. — La cita	5
CAP. VII. — Donde Juan Robert echa su lengua á perros. . .	12
CAP. VIII. — El hombre que conoce su perro y el hombre que conoce su caballo	19
CAP. IX. — Á través de los campos.	26
CAP. X. — El parque donde el ruiseñor cantaba.	56
CAP. XI. — Por qué no cantaba el ruiseñor	44
CAP. XII. — Explicaciones	52
CAP. XIII. — El camino	61
CAP. XIV. — Los artículos 334, 335 y 336	69

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPÍTULO PRIMERO. — La casa de la hada	78
CAP. II. — La casa de la hada (continuación).	85
CAP. III. — Stabat mater dolorosa	95
CAP. IV. — Iniciación	101
CAP. V. — La entrevista	109
CAP. VI. — Investigación	116
CAP. VII. — La noche de bodas.	123
CAP. VIII. — La noche de bodas del señor conde y la señora condesa Rappt	156
CAP. IX. — La noche de bodas del señor conde y la señora condesa Rappt (continuación).	146
CAP. X. — Conversación de amor	153
CAP. XI. — Conversación de amor (continuación)	162
CAP. XII. — Stabat pater	168
CAP. XIII. — El <i>De profundis</i> á orillas del mar	178
CAP. XIV. — La comida mortuoria	186